

# UNA PUBLICACIÓN CENTENARIA

Por JOSÉ CHAMORRO LOZANO

*Director del «Boletín del Instituto de Estudios Giennenses»*

**H**EMOS llegado al número cien de este «Boletín». Evidentemente este número centenario marca un hito como publicación giennense. Y tiene una hondísima significación en orden a la justificación de sus servicios, paralela a la justificación de la entidad de la que es órgano. El «Boletín» que hoy manifiesta su jubileo centenario fue creado y ha sido sostenido en sus cien ediciones por el Instituto de Estudios Giennenses, que en las columnas de los periódicos locales se le ha denominado «docta corporación» y no sin fundamento, porque este Instituto y su «Boletín» nacieron para defender, propagar y sostener la cultura de la provincia de Jaén.

Quizás suene a inconcreto el enunciado, pero creo que sirve para entendernos. A veces, con palabras imprecisas se estimula mejor el conocimiento de las instituciones que con parrafadas llenas de términos de absoluta precisión que no están al alcance del reducido vocabulario que comprenden las gentes. Y creo que el triple propósito del Instituto y de su «Boletín» se han cumplido con creces, sobre todo si pensamos que cuando ambos nacieron, desgraciadamente había una desertización lamentable y peligrosa en lo que debiera ser el ambiente intelectual de la capital y provincia de Jaén, y que hacía falta una acción efectiva de entusiasmo por las cuestiones de lo que en propiedad de-

biera llamarse cultura. Precisamente el Instituto fue el catalizador de esos sueños, de esas ilusiones que hombres beneméritos y sabios pretendían promover para que Jaén no se quedara atrás en el concierto de los movimientos que comenzaban a manifestarse en todo el país.

En otro artículo del secretario general del Instituto se especifica cómo se verificó la creación de nuestra «docta corporación». Por ello es ocioso insistir en aquella primigenia aventura de hombres de Jaén, que sentían en su médula la tristeza de una ciudad y una provincia sin signos de una inquietud, si no gregaria, al menos de grupos y sectores cultivados, para emprender una acción colectiva o colegiada que ordenara nuestro panorama cultural.

Oí en la conferencia pronunciada por el profesor Maluquer en la tribuna del Instituto que si éste no existiera habría que inventarlo, porque la solera civilizadora de Jaén es tan fuerte, tan densa, tan nutrida de aconteceres, que no podía quedar oculta.

Y por eso fue creado el «Boletín» del Instituto de Estudios Giennenses. En los preludios invernales del año de 1952 se me encargaba la dirección de esta publicación, que recibí como uno de los gozos más íntimos y confortantes de mi vida. Casi con atisbos de las brisas de primavera de 1953 salía el primer número, en el que la mano maestra del cronista González López abrió el compás cronométrico de la publicación con las ideas motrices de su inicio.

Desde entonces y hasta ahora, el «Boletín» ha sido un puntual órgano periodístico en el que han tenido cabida los numerosos temas de la ingente actividad de muchos estudiosos, de muchos investigadores, de muchos oteadores de panoramas diversos en el campo del pensamiento y aun de la realidad activa de la ciencia en toda su amplia gama de realidades no sólo en el vuelo caudal de las ideas, sino en el propio empirismo de sus aplicaciones inmediatas. ¿De qué han hablado las páginas del «Boletín»? De muy diversos temas, todos ellos aplicados a la esfera de su jaenismo. Porque la primera consigna que yo recibí del Instituto de Estudios Giennenses y de su querido director, don José Antonio de Bonilla, fue la de que todo trabajo científico, literario o de otra índole había de referirse a cosas y hechos de Jaén. Así lo hemos cumplido con enorme satisfacción.

Y ya que hablamos de la índole de las materias publicadas, generalizando mucho, claro está, porque esto es una leve introducción a

trabajos más detallados y pormenorizados, sí quiero dejar sentado que entre las muchas virtudes que dentro de la provincia, fuera de ella en España y en el extranjero, lo que se ha notado más por nuestros distinguidos lectores ha sido el estilo, ese impalpable y como sutil modo de hacer las cosas que le ha dado un cierto empaque a nuestro «Boletín». Principalmente ese estilo se ha podido mantener porque los trabajos, en sí, eran rigurosos, bien escritos, mejor documentados y con orientaciones muy positivas. Y hemos conseguido que ese estilo campee en todos los cien números que se han publicado, aspecto éste del que, sinceramente, nos gloriamos porque no ha sido tarea fácil la de mantener ese estilo y no caer en situaciones de estridencia inapropiada.

Estos cien números del «Boletín» tienen su historia. Su pequeña pero hermosa historia. En ella, hemos de insertar el celo perseverante del director del Instituto y de su Consejo Permanente, el apoyo del que fue Patronato «José María Quadrado» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la tutela inicial de mi antecesor en la crónica provincial y consejero de número, don Luis González López, la colaboración activa de hombres que como Juan Lombardo, administrador que fue del diario «Jaén», en cuyos talleres iniciamos la composición y tirada del «Boletín», o Tomás Liébanas o Manuel Cuesta, regentes de impresión, quienes nos ayudaron mucho en los caminos iniciales, y más tarde en los talleres de «Gráficas Nova», la también paciente ayuda de Manuel Cuesta, este buen artífice de la tipografía trasladado allí, o de Manuel Expósito, inteligente y dinámico coordinador de esa gran empresa.

Hubo unos años, pocos, en los que hube de suspender mis trabajos de dirección que fueron realizados por los consejeros de número, don Lorenzo Polaino y don Juan Montiel, a los que el Instituto, merecidamente, reconoció su interesante gestión de recuperar mucho tiempo perdido en las fechas y en las tareas de confección, lo que nos permitió alcanzar otra vez el ritmo de salida en sus fechas reales y no en las que se han venido en llamar «académicas».

Y por último no quiero dejar la mención de mi entrañable amigo el que fue consejero de número y presidente de la Sección de Publicaciones, Juan Pasquau, que con su clarísima inteligencia me dio consejos inestimables y alientos para superar muchas de las ingentes dificultades que esta publicación trae consigo.

Cuando se mira hacia atrás, cuando de golpe se divisa el intenso panorama de la edición de cada uno de los números de este «Boletín», de periodicidad trimestral, con el volumen de un libro, se encuentra uno confuso porque no se puede describir en este breve espacio la múltiple incidencia de los acaecimientos que cada número producía, especialmente con el terrible «handicap» de las erratas. Lo que ha supuesto de esfuerzo, de voluntad, de superación de dificultades, es algo que queda en un recuerdo íntimo y, sobre todo, que es como una ofrenda de sacrificios, a los muchos que constelan la estelar historia de un cuarto de siglo del Instituto de Estudios Giennenses en una labor cada vez más en alza por el bien de Jaén.